

Formado á las puertas mismas de la poética Escocia reino tal como el reino británico, este gran Estado debía ejercer sobre los pueblos vecinos, en la sucesión del tiempo, la natural atracción ejercida entre los astros cercanos por unos sobre otros en la inmensidad del espacio. Inglaterra debía tender á dilatarse por su fuerza expansiva en Escocia; y Escocia debía pugnar, en cumplimiento de leyes eternas, por su nativa independencia. En tal conflicto de fuerzas había Escocia de buscar un poder, que contrastase con empeño el poder de Inglaterra, y lo encontró en Francia. De aquí una mezcla inevitable, desde los comienzos del siglo décimo-tercio, en que la monarquía escocesa nace, hasta las postrimerías del siglo décimo-sexto, en que la monarquía inglesa se robustece y agranda y organiza, una mezcla, decíamos, entre los intereses de Francia y los intereses de Escocia. Inglaterra cree que necesita costas suyas en Francia, y la combate, como Francia cree que necesita poner un pie perpetuamente para su seguridad en el territorio británico, y unas veces influye, hasta dominarla, en Escocia, y otras veces influye, hasta encenderla y sublevarla, en Irlanda. Especialmente los intereses del territorio más vecino al territorio británico privan todos á una en Francia; y la política francesa en todo el siglo décimo-sexto ejerce, no influjo, no, poder absoluto é inmanente sobre toda Escocia. Contribuyó á esto la triste y nefasta dinastía de los Estuardos, subida por enlaces al trono de Roberto Bruce en principios del siglo décimo-quinto, y destinada primero á combatir el feudalismo y luego á combatir la Reforma, sucumbiendo en este segundo empeño, destronada para siempre, después de haber dado al cadalso dos reyes de su sangre, Carlos I y María Estuardo. En modo que los Estuardos como los Borbones prosperaron por haber combatido el feudalismo y murieron por haber combatido la revolución. Creeríais leer la Historia de María Antoineta y Luis XVI. Jacobo V presintió el destino de su raza en la hora de su muerte. Una mañana de Diciembre, 1542, supo, después de terribles derrotas infligidas por los ingleses á su ejército, que acababa de nacerle una hija, y exclamó suspirando entre los resuellos del postrero instante: «Por una mujer vinieron los Estuardos al trono de Escocia, y por otra mujer saldrán.» Seis días contaba la princesa de vida, cuando fué proclamada Reina por muerte de tan siniestro agorero. El odio de este monarca, tanto al Protestantismo como á Inglaterra, le obligó á la alianza con Francia, y la alianza con Francia le obligó á dos sucesivos matrimonios con infantas francesas. Casó en primeras nupcias con una hija de Francisco I, y en segundas nupcias con María de Lorena, hermana de los Guisas, quienes constituían por sus duques y por sus cardenales, todos de sangre real, una dinastía tan alta y poderosa como la dinastía reinante á la sazón en el trono de Francia. Tuvo en esta princesa de Lorena Jacobo V de Escocia á su unigénita María Estuardo, quien debía por decreto del cielo sucederle así en los privilegios como en las desventuras. María de Lorena recogió la herencia tristísima de Jacobo V, y para mayor seguridad de su persona envió la hija de sus entrañas á la corte del Louvre. Tal

resolución suponía una política fundada en estas tres tendencias, guerra implacable á los ingleses; guerra más implacable aún á los protestantes; amistad inextinguible con Francia. Estas tres tendencias provocaban peligros inmensos, difíciles de conjurar, no ya por una débil mujer como María de Lorena, por un guerrero y un estadista de primer orden. Inglaterra se había fortalecido mucho, así bajo la sabia política de Enrique VII, como bajo la voluntad avasalladora de Enrique VIII; y si las perturbaciones religiosas, acaecidas en tiempo de Eduardo VI y María I, detuvieron este desarrollo, la mano vigorosa de Isabel y su férreo ánimo, reintegraron á la nación británica en todo su esplendor y al Estado en toda su autoridad y en toda su fuerza. Difícil, pues, combatir á Inglaterra, y mucho más difícil aún contrastar el Protestantismo. Las razas del Norte propendían con propensiones invencibles á esta individualista religión, que consagrando el libre examen, consagraba también la facultad característica por excelencia de toda personalidad independiente. Las ráfagas de ideas que atravesaron el pensamiento humano y encendieron la revolución religiosa en el siglo décimo-sexto, habían de producir en Escocia un tribuno, parecido á todos los grandes reformadores religiosos, quien, después de iniciarse con Calvino en los dogmas del neo-cristianismo republicano, esparcialos por su patria en las lenguas de fuego, que lleva consigo una arrebatadora elocuencia, y sostenialos con los triunfos y logros que alcanza en el mundo siempre una decidida y férrea voluntad. Pues si el combate con ingleses y presbiterianos á un tiempo parecía dificultoso, la sistemática é ineludible amistad con Francia era más dificultosa todavía, merced á la situación terrible de tan grandioso reino, desgarrado por la guerra interior de católicos y hugonotes; suspenso á un tiempo de la fuerza del imperio español personificado por Felipe II y de la fuerza del imperio británico personificado por Isabel I; incierto entre la religión católica tradicional en él y la religión protestante sostenida por magnates tan poderosos como los Navarras, los Condés y los Colignys; codicioso del arrimo que le ofrecía España y de los despojos que ponía el absolutismo de España á su alcance con guerras como la guerra de los Países Bajos; protector unas veces de los príncipes luteranos, otras veces de los sultanes bizantinos, y amigo en varias alternativas de los emperadores austriacos; roto en mil pedazos por la debilidad de los Valois, por la ambición de los Borbones, por la prepotencia de los Guisas, por el poder semi-feudal de los Montmonrencys, por el arrojo de tantos ricos-hombres, todos en armas, todos en guerra, inquietos de suyo, pugnantés entre sí como en los tiempos feudales, llevando á Francia, incapaz entonces de todo propósito firme y de toda idea clara, desde los Edictos de pacificación y concordia en los cuales amanecía la libertad religiosa, hasta las barricadas ligeras de París sobre cuya cima centelleaban los braseros del Santo Oficio y se perpetraban los horrores de la San Bartolomé, último extremo de superstición y de barbarie. Tanto se parece á la Alemania del siglo pasado la Francia del siglo décimo-sexto cuanto

se parecen á los Borbones los Estuardos y á la revolución religiosa de los presbiterianos la revolución política de los jacobinos.

Como hemos dicho, seis días contaba la Estuardo cuando fué proclamada Reina. Pues bien, contaba un año cuando fué coronada en Escocia; y seis años, cuando fué desposada con el Delfín de Francia. Su minoridad dió margen á guerras terribles; y en su paso desde las costas patrias hasta las costas francesas, á edad tan tierna, estuvo cerca de producir un combate cruento entre las armadas de Enrique II, que la conducían, y las armadas de Enrique VIII, que trataban de impedir su partida. Por fin, llegó salva milagrosamente á San Germán, seguida por cuatro muchachas nobles; prenda de la unión temerosa entre Francia y Escocia, unión incipiente y combatida por todas las fuerzas de Inglaterra y por todos los recelos de España. En San Germán y sus bosques; en Chambord y sus jardines; en Fontainebleau y sus selvas; en el Louvre y sus salones creció María Estuardo, amada por Enrique II como una predilecta hija, y odiosa de suyo á la Médicis, que veía en ella temible y formidable rival. Cuéntanos Brantome, que á los quince años ya estaba en la plenitud de su desarrollo y en el colmo de su hermosura. Esbelta como pocas, y alta, veíase, á guisa de un trofeo en galanura, surgir su frente serena sobre la frente de todas sus damas. Varonil belleza la distinguía en aquella corte de afeminados caballeros. Sus ojos azules guardaban toda la profundidad del Norte unida con todos los resplandores del Mediodía. Espaciosa la frente, larga la nariz, en cambio tenía breves los pies y breves las manos, éstas especialmente, las más proporcionadas que hasta entonces habían visto los mortales. Tales encantos crecían á la magia de una voz melodiosa y celestial, cuyos ecos serenaban los ánimos, como cadencias de una encantadora música. En aquella corte, rodeada de doscientas damas, á cual más hermosa, la juventud de María espaciábase con la gentileza que las flores en primavera y resplandecía con el brillo que las estrellas en estío. Á la prestancia de su figura reunía la delicadeza de su inteligencia, enamorada por completo de aquella renovación del arte, que, aportando nuevas metamorfosis al espíritu, traía espléndidas inspiraciones á la mente. Admiradora del genio italiano, tan fecundo por aquella sazón extraordinaria en maravillas; conocedora del griego y del latín; amaestrada en las ciencias por su continua conversación y esparcimiento con los doctos; discípula de Raunsard en literatura y de L'Hopital en Derecho, escribía cartas políticas á su madre con toda la madurez de un repúblico, pronunciaba discursos clásicos en lenguas sabias con toda la elocuencia de un orador, y, acompañándose al son de la lira, cantaba con voz suave y dulcísima versos compuestos por ella misma, y aromados de artificiosa, por lo general, pero, á veces, ingenua y encantadora poesía. El hechizo y prestigio de tal juventud, arrullada por coros de poetas y embellecida por legiones de artistas, crece hoy en la Historia ciertamente, al contraste muy trágico entre aquella felicidad, comparada en la lengua del siglo con la flor de lis ceñida de rocío, y la sombra de su muerte violenta en siniestro ca-

dalso tronchada por la cuchilla del verdugo en holocausto á la grandeza del suelo donde había nacido, y donde no le valió ni su gracia, ni su hermosura, ni su grandeza, ni su historia, ni su talento, á preservarla de la implacable fatalidad, á la cual parecía como todos los suyos; condenada por cruel inflexible destino. Mucho se parecen París y Estrasburgo en los sendos períodos de sus respectivas revoluciones; mucho Alemania y Francia; pero, entre tantos parecidos, ninguno como el de María de Estuardo con Antonieta de Austria.

Tornemos tras haber apuntado tales parecidos y analogías, á la Reina de Francia. Sigamos el discurso de la conspiración urdida por ella con el caballero escandinavo contra el pueblo francés, y por consecuencia, contra su propio trono, la cual conspiración justifica todo cuanto sintieron los revolucionarios antes del manifiesto realista y todo cuanto hicieron después del manifiesto realista. Nuestros inmortales predecesores en estas crónicas de la revolución, jamás conocieron la correspondencia de Antonieta con Fersen; tenemosla nosotros á la vista, y por lo mismo sabemos cómo ambos juraban la perdición de Francia y ponían por obra su infame juramento. Cautiva la Reina, parece imposible pudiera comunicarse á su sabor con el caballero Fersen; y supo burlar la vigilancia extendida por los guardadores desde la cabecera de su lecho hasta las puertas de sus jardines, pues no se libraban de ninguna inspección minuciosa ni los sujetos ni los objetos que salían del Palacio ni los que penetraban en Palacio. Tinteros simpáticos, los cuales procuraban trazos de letras ocultos que sólo podían verse á un misterioso reactivo; frases muy meditadas sobre asuntos conocidísimos, en que las quiebras de los banqueros conocidos y las enfermedades ó muertes de los personajes célebres simbolizaban los dolores y desastres de la familia real; cajas de té y pastillas de chocolate disimulables á la más prolija y más hábil investigación; paraninfos y mensajeros dispuestos á jugarse la cabeza por conducir y entregar una carta, explican el incesante carteo de la soberana con el favorito. Y así han podido saberse las confesiones de que, al jurar la Constitución, habían comeido los reyes un perjurio; las impacencias por una pronta irrupción extranjera en el territorio patrio; las malquerencias sentidas, y las maldiciones lanzadas contra los más fieles monárquicos porque osaban unir con el Estado histórico la moderna libertad; los calificativos calumniosos acaudados á las personalidades más respetables de Francia, si por acaso pertenecían á cualquier escuela democrática; el doble juego empleado con políticos y constitucionales tan probos y tan probados como Barnave para perderlo en el concepto popular y luego entregarlo sin honor á las iras de los reaccionarios y al desquite de la reacción, una vez logrado por ésta el verdadero y definitivo triunfo; apareciendo así la correspondencia de Antonieta con su confidente, desde las primeras á las últimas cartas, gigantesca delación, en que los dos se acusan de conspiraciones maquiavélicas, reos convictos y confesos ante la posteridad y ante la Historia. Y al mismo tiempo, Antonieta quería el triunfo para sí únicamente. Parecíale un poltrón el Rey; un traidor el Príncipe de Provenza; un

calavera el de Artois; y sus hermanos y sus sobrinos de Austria, faltos todos de aquel corazón para ella que hubiera tenido ella para ellos en un caso inverso y contrario. La posteridad ha puesto aureola de santa en las sienas de Isabel; hala creído por su nativa sencillez, por su casta pureza, por su amor fraternal, por ingenuo candor, un verdadero ángel; y Antonieta le dice al confidente ser su hermana por tal modo indiscreta y estar sometida en términos á los príncipes emigrados que no hay medio de hablarle una vez al día sin querellarse y reñir con ella para siempre. Después de leer lo que sigue, dictado en momentos de confianza popular y aproximación amistosa entre la corona y el pueblo, no queda otro recurso sino declarar culpada la traición á una Reina, quien, guardadora por la Constitución y por la propia conciencia de su reino, dice y hace contra este pueblo lo siguiente, copiado á la letra: «nada puede librarse sobre este Congreso de locos, bestias y malvados, quedándonos por salvación única el recurso y apelación al extranjero, pues un manifiesto de los reyes firme y enérgico, apoyado por un ejército formidable, allegaría los más favorables resultados: el desconcierto de los facciosos, el coraje á los buenos realistas, el salvamento definitivo de la monarquía». Así mientras Luis XVI declaraba en los papeles dejados á Madame Campan que habían hecho fuerza los ministros á su voluntad en la declaración de guerra contra el Austria, Fersen y Antonieta se regocijaban viendo en esta declaración el único asidero de que agarrarse, una vez anegados en el irremiable naufragio al empuje de un deshecho huracán. Y así Antonieta no siente ningún género de vacilación y escrúpulo al ejercer papel verdadero de tenaz espía y escribir á los gobiernos coaligados contra Francia todo aquello que piensa ó hace á su vez el gobierno de Francia contra la coalición. Así Fersen sabe cuanto en los consejos de ministros pasa y recibe noticias de su amiga para que noticie al Austria como se mandan y expiden órdenes á Lukner desde las Tullerías para que ataque á los Austriacos. Y aparece todo ello tanto más terrible cuanto que ningún asomo de conciencia y ningún grito de moral dice á la Reina que traiciona y vende su reino. Imaginaos, en tal suerte de inconsciencia respecto á sus deberes constitucionales y regios, cómo se pondría con los desacatos del veinte de Junio. Los describía todos. Y, apesar de sus muchos incidentes, sucedidos el día veinte, hallábanse fijados con verdadera proligidad el día veinticuatro. La relación salió viva, y al releerla en voz alta la Reina, temiendo lacerar el corazón de su amigo, añadió: «que mis penas y tormentos ni os apenen mucho, ni os atormenten como ahora me atormentan á mí». Y volvía de continuo sobre las quejas de que la llamaba el pueblo parisién Madame Veto, sin acordarse de que la familia Real poco tiempo antes habíala llamado Madame Déficit.

El nombre de batalla dado á Fersen en su bella protegida era extraño. Escríbale con este apellido, Rignon. Para más disimular, le hablaba de asuntos bien ajenos á sus ideas políticas y á su posición social, como la compra de bienes eclesiásticos, recién des-

amortizados, compra puesta por pantalla muy útil á la conspiración reaccionaria. Y en todo este período, el extendido entre la reunión del Cuerpo Legislativo y la desgracia definitiva del trono francés, Antonieta no hace más que apremiar al mensajero y decirle cómo urge una irrupción, la cual debía destruir una gran parte del suelo de su reino y matar á un grande número de sus propios súbditos. Desde comienzos de Julio á mediados de Agosto, las instancias de Antonieta crecen. «La enfermedad, escribía, de vuestros amigos, no aumenta; mas, por su gravedad horrible, no deja de ofrecer cada día prodromos generadores de fundadísimas alarmas: los más hábiles médicos desesperan ya de su definitiva salvación. Necesítase pronta crisis para salvarlos, y esta crisis no se presenta por ninguna parte. Así me desespero. Participad su triste situación á las personas interesadas por el enfermo. Apremia, y apremia mucho su estado. El tiempo vuela.» Tales apremios á un hombre, necesitado, para cumplirlos por su parte, de apremiar á poderosos, más ó menos calculadores y egoistas, ó á cortesanos más ó menos intrigantes y mercaderes, malherian, hasta enloquecerlo, al buen caballero, cada vez más empeñado en poner las inteligencias y las voluntades altísimas de los irruptores coronados en armonía con su propia voluntad é inteligencia, las cuales maldecían todo minuto de retardo en la salvación y socorro del Monarca y de su regia esposa. Por no apenarla, como Antonieta, por su parte, hacía lo posible por no apenarlo á él, aun comunicándole pésimas nuevas, Fersen le aseguraba la evidencia de un éxito fausto en aquel intrincado laberinto, con tal que no fuesen los ejércitos de las fronteras, aquellos ejércitos exterminadores, ni detenidos, ni rotos. Y así, cuando tiraba en aquella crisis al seguro y defensa de Francia, desplazaba por modo bien horrible á la guardadora de su integridad y de su honra. Como Dumouriez en los últimos días de Julio anunciara un levantamiento en el pueblo flamenco favorable al pueblo francés, Antonieta le comunica semejante desaguizado á su confidente, quien la tranquiliza, diciendo que ni cien mil Dumouriez podrían mover aquel pueblo. Así nos indigna hoy mismo ver con cuál frialdad un hombre, pagado de caballero, comete un crimen como el de felicitar á los reyes puestos por la Providencia en un trono para defender un pueblo, por las noticias favorables al enemigo de ese pueblo, y cómo aconsejarles aniquilen á los mismos que soportan y llevan el trono francés sobre sus hercúleas espaldas. «Pronto marchará con su división Brunswich sobre París, dejando en lo frontera los restos del ejército, combinados en términos que amenacen á las plazas fuertes é impidan el avance de las tropas francesas.» ¿Puede darse una traición más patente? Pues á la mujer del generalísimo de los ejércitos franceses le dice un aristócrata, un caballero, un verdadero genilhombre de aquella sazón, que ha hecho mal, muy mal, el generalísimo irruptor y enemigo, no procediendo lo primero al ataque de Luines, es decir, del encargado por el Rey, por el Estado, por el gobierno, de salvar á Francia. Las esperanzas, puestas por un Rey, de Francia y su mujer en la rota y ruina de los franceses, acusarán eternamente su política en